

E S P A C I O |||| A B I E R T O



Marie-Aude Murail

Simple

ANAYA



*Con todo mi cariño a Christine Thiéblemont
y a sus alumnos
«demasiado pequeños para los mayores,
suficientemente grandes para la vida»
(Jacques Higelin).*

Capítulo 1

En el que el señor Pimpinejo revienta el móvil

Kléber miró de soslayo a su hermano. Simple imitaba todo el rato, a media voz, el sonido de las puertas del metro al cerrarse: «Piii... clap».

En la estación acababa de subirse un hombre y se sentó junto a Kléber. Sujetaba con correa un pastor alemán. Simple se removió en el asiento.

—Hay un perro —dijo.

El propietario del perro miró detenidamente al chico que acababa de hablar, era un joven de ojos claros abiertos de par en par.

—Ese señor tiene un perro —repitió Simple, cada vez más alterado.

—Sí, sí —le contestó Kléber, frunciendo el ceño en un gesto de llamada al orden.

—¿Y puedo acariciarlo? —dijo Simple alargando la mano hacia el perro.

—¡No! —chilló Kléber.

El hombre miró alternativamente a ambos jóvenes, como queriendo evaluar la situación.

—Yo tengo un conejo —le dijo el chico de ojos claros.

—No hables con desconocidos —le reprendió en alto Kléber.

Y después, volviéndose hacia el hombre del perro, añadió:

—Discúlpele, señor, es retrasado mental.

—Un i-di-o-ta —corrigió este, deletreando cada sílaba.

El hombre se levantó y, sin mediar palabra, tiró de la correa de su perro y se bajó en la estación siguiente.

—¡Gilipollas! —masculló Kléber.

—Huy, huy, una palabrota —dijo su hermano.

Kléber suspiró, disgustado, y miró hacia la ventanilla, que le devolvió el reflejo de su careto de intelectual con gafas finas y redondas. Más sereno, se arrellanó en el asiento, miró su reloj, y estiró las mangas de su suéter, examinando sus puños con aire crítico.

—Yo no tengo reloj —soltó Simple.

—Sabes muy bien por qué. ¡Joder, es aquí!

—Huy, huy, una palabrota.

Kléber se dirigió a la salida, pero, justo cuando iba a bajarse, miró hacia atrás. Simple, que había salido tras él, se había parado.

—¡Deprisa! —gritó Kléber.

—¡Me quiere pillar!

Kléber lo cogió por la manga del suéter, arrastrándolo hacia el andén. La puerta automática se cerró tras ellos: «clap».

—¡No me ha pillado!

Kléber lo cogió de nuevo por la manga y lo arrastró hacia una de las escaleras.

—¿Y por qué yo no tengo reloj?

—Lo rompiste para ver si había un hombrecillo dentro, ¿no te acuerdas?

—Sííí —dijo Simple, sonriendo con delectación.

—¿Y había un hombrecillo dentro?

—¡No! —chilló Simple, con el mismo entusiasmo.

Simple frenó en seco ante las escaleras mecánicas, y las dos personas que iban justo detrás tropezaron.

—¡Caray, tenga cuidado! —protestaron.

Kléber volvió a tirar de la manga a su hermano, obligándolo a que se subiera en la escalera mecánica. Al principio, Simple no paraba de mirar hacia abajo, levantaba los pies aterrado. Luego, más tranquilo ya por la suerte de estos, alzó por fin la cabeza.

—¿Has visto? No he pasado miedo —dijo en cuanto estuvieron arriba—. ¿Y por qué no hay ningún *hombrepillo* dentro?

—Se dice «hombrecillo» no «*hombrepillo*» —repitió Kléber, que intentaba zanjar la retahíla de porqués.

Pero oyó a su hermano que murmuraba:

—Se dice *hombrepillo*, *hombrepillo*.

La cabezonería era uno de los rasgos más sobresalientes de Simple. Durante cinco minutos, no dejó de canturrear:

—Pillo, pilllo.

Kléber miraba todo el tiempo a su alrededor, no sabía muy bien por dónde ir. Apenas llevaban quince días en París.

—¿Queda mucho?

—No lo sé.

Kléber se estaba poniendo nervioso. Ya no le sonaba nada ese barrio. Simple se paró en medio de la acera y cruzando los brazos, dijo:

—Quiero ver a papá.

—Papá no está aquí. Papá está en Marne-la-Vallée y nosotros estamos en... en...

—¡Tachán! —completó Simple, y se echó a reír, feliz de haber gastado una broma tan buena.

Kléber esbozó una sonrisa. La edad mental de Simple era de tres años, o de unos tres años y medio, en el mejor de los casos.

—Nosotros estamos en París. Venga, vamos, hay que darse prisa. Si no, se nos hará de noche.

—¿Y saldrán los lobos?

—Sí.

—Pero yo puedo matarlos con mi *verolver*.

Kléber reprimió una carcajada. Y siguieron caminando. De pronto, el joven reconoció una calle que subía. Era allí. Allí estaba el número 45 de la calle del Cardinal-Lemoine.

—No, no —dijo Simple en la puerta del inmueble.

—¿Y ahora qué pasa?

—No quiero, es la casa de la señora *viececita*.

—Escúchame, esa señora es nuestra tía abuela y la prima de la madre de...

—Es fea.

—No es que sea muy guapa.

—Apesta.

Kléber acercó la mano al código digital y frunció el ceño.

—A ver, cuatro... seis...

—Cuatro, seis, B, doce, mil, cien... —enumeró Simple a toda velocidad.

—Cállate. Cuatro... Seis...

—Nueve, doce, B, cuatro, siete, doce...

Kléber miraba a todas las teclas, alelado.

—¡Aprieta, aprieta los botones! Nueve, siete, doce...

Simple empezó a apretar en todas las teclas. La puerta sonó y se abrió.

—¡Te he ganado!

En realidad, había abierto una señora gorda que se disponía a salir y a la que Simple empujó al entrar.

—¡No hay que empujar a la gente! —gritó Kléber—. Pide ahora mismo perdón a la señora.

Y Simple, que ya había subido cinco escalones a zancadas, se dio la vuelta y le soltó tan contento:

—¡Perdón señora! ¡Eres muy gorda para esa puerta!
Y siguió corriendo por la escalera. Kléber intentó alcanzarlo, mientras chillaba:

—¡El tercero! ¡Es en el tercero!

Simple subió los seis pisos del edificio, bajó otros cuatro y subió uno más. Finalmente, se quedó quieto en el rellano, con la lengua fuera y jadeando como un perro. Y Kléber se apoyó en la pared, un momento, muerto de cansancio.

—¿Aprietas tú el botón?

Simple tenía miedo del ruido del timbre. Se tapó los oídos mientras su hermano llamaba.

—Por fin, bueno, yo ya he cenado, claro —dijo una anciana mientras les abría la puerta—. Los viejos cenamos a las seis y media. Quizá los jóvenes comáis a cualquier hora. Pero yo ceno a las seis...

—*Ña, ña, ña, ña* —dijo Simple imitándola, sorprendido por el chirriante sonido de la retahíla de palabras.

—Pero ¿y a este qué le pasa? —dijo levantando el brazo en ademán de pegarle.

—Déjalo, no está haciendo nada malo —dijo Kléber.

—Yo voy a matarla, yo tengo mi *verolver*.

Del bolsillo de su pantalón sacó una pistola de alarma. La anciana pegó un grito.

—¡Un arma! ¡Tiene un arma!

—Es un arma falsa —intervino Kléber.

—¡Sí, pero podría matar de verdad! Cuidado, *viececita*...

Simple apuntó pausadamente a su tía abuela, y esta empezó a chillar, aterrada.

—¡Pum!

La anciana huyó a la cocina. Simple miró a su hermano con unos ojos que reflejaban una mezcla de asombro y de arrogancia:

—Tiene miedo.

Y añadió, casi podría decirse que decepcionado:

—No se ha muerto. Pero yo tengo mi cuchillo.

—Déjalo para otro día.

Después de engullir un kilo de tallarines entre los dos, de nuevo se hallaban en la minúscula habitación que su tía abuela había dispuesto para ellos. Kléber sacó su teléfono móvil. Simple lo espiaba todo el tiempo.

—Tú tienes teléfono —dijo con envidia—. ¿Yo por qué no tengo teléfono?

—Porque tú eres demasiado pequeño —contestó Kléber distraídamente—. Vamos a ver, cero, uno... cuarenta y ocho...

—Doce, tres, b, mil, cien.

Kléber se llevó la mano a la frente. Su hermano le había vuelto a liar. De todos modos, ¿para qué iba a llamar a su padre? El señor Maluri no conocía más que una solución: la residencia. Su padre le diría que había que reenviar a Simple a Malicroix.

—Cucú —dijo una voz pícara.

Simple, sentado en la cama con las piernas cruzadas, escondía algo detrás de él. Repitió «cucú» en tono prometedor. Dos orejas de tela, flácidas y grisáceas, sobresalieron de su espalda. Las agitó.

—El que faltaba —murmuró Kléber.

—¿Quién es?

—No lo sé.

Había que prolongar el momento de placer.

—Termina en «ejo» —dijo Simple.

—¿Es un cangrejo?

—¡No!

—¿Es un vencejo?

Simple se ahogaba de risa.

—¿Es el señor Pimpinejo?

—¡Sííííí! —gritó Simple, blandiendo un viejo conejo de peluche, al que le temblaban las orejas.

El teléfono móvil sonó.

—Me toca a mí, me toca a mí —suplicó Simple—: «¿Sí, dígame?».

Kléber se levantó de un salto para que su hermano no le quitase el teléfono.

—¿Sí? ¿Papá?

—No, me toca a mí, me toca a mí: «Sí, ¿papá?».

—Sí, sí, todo va bien, papá —dijo Kléber con voz neutra—. Sí, aquí estamos con el señor Pimpinejo, todo va bien... ¿La tía abuela? Fenomenal también. Bueno, no tanto...

Kléber había decidido desahogarse.

—A Simple no le gusta mucho. Quiere matarla.

Kléber no había contemplado el verdadero alcance de sus palabras.

—¡Por supuesto! ¡No de verdad! Es con su *verolver*... Sí... sí... Ya lo sé papá. Yo soy el responsable, yo lo he querido así... Sí.

Kléber elevó los ojos hacia el techo mientras su padre se justificaba. Simple era una carga demasiado pesada, no había quien viviera con él, había que llevarlo de nuevo a Malicroix...

Entre tanto, Simple había volcado encima de la cama la bolsa entera de *playmobiles* y jugaba a media voz con aire absorto. Pero aguzaba el oído.

—Él no es bueno —dijo de un pequeño *cowboy* blanco y negro—, él va a ir a la residencia.

Simple adquirió un aire de oscura satisfacción. El hombrecillo recibió amenazas, tortas y un pinchazo. Luego lo puso debajo de su almohada.

—¡Socorro! ¡Socorro! —gritaba el pequeño *cowboy*.

Mientras hablaba con su padre, Kléber veía jugar a su hermano.

—Lo mejor sería que encontrásemos un cuartucho de alquiler. Así seríamos independientes... No, papá, no hay que «vigilar» a Simple. Tiene veintidós años.

Simple acababa de sacar su *playmobil* de debajo de la almohada y se peleaba con él.

—Eres un i-di-o-ta. No quiero volver a verte. Voy a hacer un agujero. Te voy a meter dentro de ese agujero y luego estarás muerto, y yo no voy a estar triste por ti. ¿Dónde está el señor Pimpinejo?

Buscó el conejo con la mirada extraviada. Cuando por fin lo vio se relajó:

—¡Uf! Aquí está. El señor Pimpinejo va a matar a Malicroix.

Inmediatamente, se desató encima de la cama una horrible matanza: el señor Pimpinejo cayó sobre los *playmobiles*, los lanzó por los aires, los aplastó contra la pared.

—El señor Pimpinejo os va a espachurrar —dijo en voz baja Simple.

Después miró solapadamente a su hermano, que seguía batallando por teléfono.

—De todos modos, tenemos el dinero de la herencia de mamá. No tendrías que pagar el alquiler... Sí, sé lo que hago.

Kléber apagó el móvil tras lograr una vaga autorización paterna. Permaneció unos segundos con la mirada perdida, apretando el móvil contra su corazón. Diecisiete años. Tenía diecisiete años. Acaba de inscribirse en el instituto Henri IV en el último curso de Bachillerato. Después, quería inscribirse en los cursos de preparación para el ingreso en una de las Escuelas Superiores. Y arrastraba con él a una especie de monstruo, a su hermano Simple —cuyo verdadero nombre era Barnabé—, que creía que los conejos de peluche estaban vivos.

—¿Simple?

Barnabé dejó de jugar y dijo «hermano mío», como si Dios acabase de llamarlo.

—Escúchame, Simple, vamos a buscar una casa para nosotros dos. Pero no podré estar contigo todo el tiempo, porque dentro de quince días tengo que volver al colegio.

—No está nada bien el colegio.

—Si el colegio está muy bien.

—Entonces, ¿por qué no voy yo?

—Te he dicho que me escuches. Si quieres quedarte conmigo, tendrás que hacer algún esfuerzo.

Simple escuchaba boquiabierto, lleno de buena voluntad.

—Lo entiendes, tienes que ayudarme.

Simple dio un salto:

—Ya recojo las cosas de la cama.

Kléber suspiró:

—Eso...

Al día siguiente, por la mañana, Kléber decidió darse una vuelta por las agencias de alquiler. Dudaba si debía o no dejar a Simple solo en la casa.

—¿Te portarás bien?

Simple asintió con la cabeza.

—¿No darás la lata a la tía?

Primero negó con la cabeza y luego dijo contradiciéndose:

—Yo tengo mi cuchillo.

En el umbral de la puerta, Kléber aún dudaba. De repente, se le ocurrió una idea: podía no cortar del todo la comunicación con su hermano. Y le dejó su teléfono móvil. Simple recibió el móvil, con temerosa fascinación, en el hueco de sus manos. Kléber le explicó que, a lo largo de la mañana, llamaría para saber qué estaba haciendo.

—Mira, cuando suene, no tienes más que apretar aquí, en el teléfono verde pequeñito.

Kléber salió de la casa llevándose en la retina la imagen de su hermano paralizado de felicidad.

Simple, nada más cerrarse la puerta de entrada, pegó un grito:

—¡Señor Pimpinejo!

Y salió corriendo hacia la habitación en la que el conejo dormitaba sobre la almohada.

—¿Qué te pasa, por qué chillas así? —preguntó el señor Pimpinejo.

—¡Tengo el teléfono! —gritó Simple.

El señor Pimpinejo se incorporó:

—Entra, entra.

—Pero me toca a mí. Cuatro, siete, doce, b, mil, cien.

Simple fue dando a distintas teclas y luego se llevó el aparato al oído.

—¿Sí? —dijo—. ¿Oiga? ¿Señor-señora?

Le pareció escuchar algo, pero luego sacudió el teléfono y se lo pegó de nuevo al oído.

—¿Oiga, señor-señora?... No funciona.

El señor Pimpinejo, se tumbó de nuevo, con sus largos brazos flácidos detrás de la cabeza, afectando indiferencia.

—Solo funciona cuando hay un *hombrepillo* dentro —dijo.

—No hay un *hombrepillo* —dijo Simple, acordándose del desastre del reloj.

—No. Pero se mete allí cuando suena el teléfono.

Simple se quedó mirando detenidamente al señor Pimpinejo. Buscaba un contraargumento.

—Bueno —dijo dejando el teléfono—. ¿Jugamos?

A primera vista, el señor Pimpinejo, podía parecer un conejo viejo, incluso en algunas zonas se clareaba

la trama del tejido. Pero cuando se trataba de jugar, sus orejas se agitaban frenéticamente y sus piernas flácidas parecían montadas sobre muelles.

—¿Y a qué jugamos?

—A Malicroix.

—¡Otra vez! ¿No tienes otro juego?

—Pero si ese está muy bien.

Simple se inclinó sobre el señor Pimpinejo y le dijo al oído:

—Vas a espachurrar.

El señor Pimpinejo tuvo que aceptarlo: el juego era muy bueno.

Hacia las diez, cuando los *playmobiles* sentados en círculo alrededor del *cowboy* le impedían moverse, el móvil empezó a sonar.

—¡Me toca a mí, me toca a mí! —chilló Simple.

Loco de excitación, apretó el símbolo del teléfono.

—Sí, ¿Simple? —dijo Kléber.

—Sí. ¿Señor-señora? Buenos días. ¿Cómo va todo? Gracias, muy bien. Un día estupendo. Adiós, señora.

—Espera, soy yo, tu hermano...

Algo asustado, Simple se volvió hacia el señor Pimpinejo.

—Es el *hombrepillo*.

—¡Espachurra el teléfono! —ordenó el señor Pimpinejo dando pequeños saltos—. Espachúrralo contra la pared.

Simple lanzó el teléfono contra la pared con una especie de violencia temerosa. Después, acabó la faena a pisotones. Tras calmarse, se inclinó y examinó el teléfono reventado.

—¿Lo encuentras? —preguntó el señor Pimpinejo preparado para salir pitando.

—No... no... —titubeó Simple.

—Lo sabía —dijo el señor Pimpinejo, tumbándose de nuevo en la almohada—. ¡Es microscópico!

Tras el fracaso de su llamada, Kléber decidió volver a la calle del Cardinal-Lemoine. Iba riéndose, al recordar el tono de Simple al teléfono cuando soltó toda la retahíla de frases de persona mayor que se sabía de memoria. Kléber quería ser feliz. La chica de la agencia había flipado con él. Le había prometido que irían a visitar un piso de dos habitaciones a primera hora de la tarde. Kléber se sentía ahora capaz de conseguirlo todo, a la chica y el piso.

—¡Simple! ¿Simple?

Se encontró a su hermano sentado en la cama manoseando nerviosamente un *cowboy*.

—¿Tienes miedo? ¿Qué te pasa?

De repente, desvió su mirada hacia el teléfono que esparcía sus entrañas junto a la pared.

—No hay ningún *hombrepillo* —dijo Simple, afligido.

La cita era a las dos de la tarde. Kléber no quiso dejar a Simple en la casa. Los veintidós años de su hermano tranquilizaban mucho más a la chica de la agencia que sus diecisiete. La cuestión era si Simple lograría dar el pego durante la visita.

—Tienes que portarte bien. No hables. Y no corras de un lado a otro.

A cada frase de su hermano, Simple asentía en silencio. Kléber le había sacudido lo suyo por el asunto del teléfono.

—Peínate. Lávate las manos. Y... voy a ponerte una corbata.

La cara mohína de Simple se iluminó. Media hora más tarde, no paraba de admirarse en el espejo de la

entrada. Llevaba una camisa con corbata, una chaqueta clara y un pantalón oscuro. Kléber en cambio no parecía tan satisfecho: en el cuerpo de Simple, hasta los trajes mejor cortados adquirirían un aire esperpéntico.

—¡Recuerda, ni una sola palabra!

Kléber puso un dedo en sus labios para grabar la consigna en la mente de su hermano. También podía haberle hecho pasar por sordomudo, pero eso era demasiado arriesgado. Simple era capaz de explicarle a la chica de la agencia que él era mudo.

El apartamento se encontraba en lo alto de un viejo edificio de la avenida del Général-Leclerc. Allí estaba ya Jackie esperando a sus clientes. Desde hacía un par de meses, había sustituido el tabaco por chicles. Pero había recaído y ahora fumaba mientras mascaba chicle. Pensaba en Kléber. Un chaval encantador, y tenía un hermano mayor. Si este se parecía a Kléber, la cosa se ponía interesante. Jackie se mordisqueó las uñas y siguió fumando y mascando chicle.

A los pies de la escalera, Kléber remataba el adiestramiento de su hermano.

—Ya sabes: no dices nada y no te mueves. ¿No habrás cogido tu *verolver*?

—No.

Kléber subió dos peldaños.

—Tengo mi cuchillo— le dijo Simple por detrás.

Kléber se dio la vuelta:

—Pero ¿qué cuchillo es ese? ¿Dónde está tu cuchillo?

Simple pestañeó sin responder.

—¿Me lo enseñas?

—No —dijo Simple, con una risa nerviosa.

—Me voy a enfadar, sabes. ¡Me voy a enfadar! ¿Quieres que me enfade?

De un momento a otro Kléber iba a estallar. Los ojos de Simple se llenaron de pánico.

—Es un falso cuchillo.

—Enséñamelo.

—*Guenguesmipito*.

—¿Qué?

Simple se subió al mismo peldaño que Kléber y se puso de puntillas, susurrándole al oído:

—Que es mi pito.

Kléber se quedó anonadado durante unos segundos.

—Eres gilipollas.

—Huy, huy, una palabrota.

Y tuvieron que subir los seis pisos a toda mecha.

Jackie se sorprendió nada más ver entrar a los dos hermanos. Había un aire de familia, pero, el más joven parecía el mayor. Este tenía unos ojos oscuros llenos de fuerza interior, y el otro, tan claros que parecían dos ventanas abiertas al cielo, incluso uno esperaba poder ver el paso de una bandada de estorninos. Kléber tenía el pelo corto, en consonancia con una sonrisa seductora y controlada. Simple, con su pelo color paja y su melena larga y despeinada, parecía como estar fuera de sí. Jackie le tendió la mano.

—Buenos días —masculló la joven.

Simple, olvidando ya sus promesas, se puso a recitar:

—Buenos días, ¿qué tal? Gracias hasta lue...

—¿Así que esta es la habitación principal? —exclamó Kléber para tapar la voz de su hermano.

Jackie se sobresaltó.

—Sí, es la sala de estar, es muy luminosa, como puede verse, da al sudoeste.

Simple daba tantas vueltas a su alrededor, que Jackie no pudo evitar observarlo detenidamente.

—Llevo corbata —dijo, por si la señora no se había percatado de ello.

Jackie esbozó apenas una sonrisa de medio lado, tan breve, que casi parecía un tic.

—Claro. En los tiempos que corren, si se quiere alquilar un piso hay que causar buena impresión.

Jackie empezaba a sentirse incómoda, sacó otro pitillo de su paquete y encendió el mechero.

—Es muy peligroso —le dijo Simple, que tenía prohibido jugar con fuego.

—Sí, voy a dejarlo —contestó Jackie con fastidio.

—¿Hay alguna habitación más? —preguntó de inmediato Kléber.

—Sí, hay otra habitación que da al norte, es más oscura, da al patio, pero es muy tranquila...

Kléber y Jackie pasaron a la otra habitación. Simple no los siguió. Miraba a su alrededor, asombrado. Su hermano le había dicho que iban a vivir allí. Pero allí no había sillas ni mesa alguna. ¡No había nada! Simple avanzaba de puntillas, como si temiera romper la magia del misterioso lugar. Luego, vio una puerta entreabierta. La empujó. Era un alacena empotrada. Vacía. Simple sacó dos *playmobiles*. Se había llevado también un montón de trastos pequeños. Colocó todo en los estantes, recreando un piso en miniatura. Inmediatamente, olvidó dónde estaba y se puso a jugar a media voz, con la cabeza dentro del armario. Jackie regresó al salón, acompañada de Kléber.

—Está viendo usted los armarios —dijo dirigiéndose a Simple—. Es lo mejor del piso. Está lleno de armarios empotrados.

Jackie abrió la puerta de par en par.

—Vaya, parece que a un pequeño inquilino se le han olvidado sus juguetes. Lo siento...

Y extendió la mano para dejar los estantes libres de *playmobiles*.

—¡¡¡Mis *playmobiles*!!! —chilló Simple.

Y se volvió hacía su hermano, escandalizado.

—¡Me está robando mis *playmobiles*! La voy a matar. Yo tengo mi cuchillo.

Jackie soltó inmediatamente a los muñequillos. Y, aterrada, retrocedió hacía la alcoba.

—¡Simple, ya basta! No es nada, señorita, es que es retrasado... Él...

Mientras, Simple metía precipitadamente los juguetes en sus bolsillos.

—¡Váyanse! ¡Lárguense de aquí! —ordenó Jackie.

—Oiga, vale, no hace falta emplear ese tono —replicó Kléber—. Además, su piso de dos dormitorios, para lo que es, nos parece demasiado caro. Vámonos, Simple, no nos gusta esta casa.

Simple lanzó una mirada triunfante a la chica de la agencia:

—¡Y no hay sillas!

En la calle, Kléber no hizo ningún comentario. Conforme pasaba el día, le parecía ir hundiéndose en un mundo sin sentido. Y empezaba a actuar mecánicamente. Sujetó a su hermano, en el borde de la acera, justo en el momento en que iba a lanzarse a los coches.

—El *hombrepillo* está en rojo —le dijo.

Al cruzar la acera, Simple hizo «toc-toc» en el cristal del *hombrepillo*, que ahora estaba en verde. En el fondo, Kléber sentía piedad por el pobre chico. Si no encontraba una solución tendría que reenviarlo a Malicroix. En el camino de vuelta, le llamó la atención una placa oxidada a la entrada del hotel Vieux Cardinal: «Se alquilan habitaciones por semanas». Pensó que quizá podrían alquilar allí una habitación, mien-

tras encontraban un piso. Quería marcharse cuanto antes de la casa de su tía abuela.

—Ven —dijo, tirando a Simple de la manga.

El vestíbulo estaba vacío y olía a polvo. Detrás de un mostrador, unas cuantas llaves parecían estar allí desde hacía mucho tiempo esperando un cliente.

—Oiga, ¿por favor? —preguntó Kléber.

Simple, inquieto, hundía sus manos en los bolsillos del pantalón.

—Buenos días —dijo una voz ronca a sus espaldas.

Un chica muy maquillada y con un vestido cortísimo avanzó hacia los hermanos Maluri. Simple adoraba a las señoras que usaban perfume, así que le dedicó su más amplia sonrisa.

—Hola, ¿qué tal? —dijo ella agarrando su corbata.

Kléber la miró, petrificado.

—Llevo corbata —le dijo Simple, orgulloso de que la señora se hubiese percatado inmediatamente.

—Bien, que quieres que hagamos juntos, conejito mío —le preguntó entreabriendo los ojos.

Al oír la palabra «conejo», Simple empezó a sacar despacio algo de su bolsillo.

—Cucú —dijo en tono pícaro.

Dos orejas flácidas se agitaron saliendo del bolsillo.

—¿Qué es esto? —preguntó la chica con reticencia.

—«Quién» es esto —corrigió Simple—. ¡Termina en «ejo»! ¿Qué es?

«Joder», se dijo Kléber, y tiró a su hermano de la manga.

—Ven —murmuró.

Pero en ese mismo instante, Simple, sacó el conejo y lo agitó frenéticamente en la nariz de la chica. Esta gritó aterrada.

—¡Es el señor Pimpinejo! —chilló Simple, desenfrenado.

Kléber, mientras arrastraba a su hermano hacia la calle, aún pudo oír a la chica gritando:

—¡Están enfermos, estos dos!

Kléber no tenía prisa por volver al oscuro piso de su tía abuela. Decidió mostrarle a Simple el instituto Henri IV con sus soberbias piedras de un blanco dorado.

—Mira, Simple, este es mi colegio.

—No me gusta.

Continuaron su paseo hasta los jardines de Luxemburgo. A Simple le apeteció enseñarle al señor Pimpinejo los pequeños veleros. Los hermanos Maluri se sentaron a la orilla del estanque y Simple puso el conejo sobre sus rodillas.

—Se está estropeando tu Pimpinejo —observó Kléber—. No lo apretujes tanto en el bolsillo.

—No es Pimpinejo. Es el señor Pimpinejo.

—De acuerdo —murmuró Kléber sonriendo.

Kléber observaba a los niños corriendo alrededor del estanque para recuperar sus veleros, mientras chapoteaba en el agua con la punta de sus dedos. La tarde caía. Él pasaba de todo. Pero ¿de qué? De todo lo que la gente pudiera pensar de Simple y de su conejo. Sacó la mano del agua y la apoyó en la rodilla de Simple.

—¿Nos vamos?

—Me has empapado de agua.

Antes de volver a casa, entraron en el súper del barrio en busca de galletas recubiertas de chocolate con leche. En la caja, mientras esperaba su turno, Kléber se dedicó a leer los anuncios que ponían allí los propios clientes. De pronto, frunció el ceño. ¿Estaba ante una señal del destino?: «Estudiantes buscan a dos jóvenes para compartir piso. Llamar al 06...». Kléber anotó el número en un billete de metro usado.

En casa de su tía abuela, Simple dijo que quería bañarse. Lo primero que hizo fue llevar al cuarto de baño su bolsa repleta de *playmobiles*.

—Ni se te ocurra meter al señor Pimpinejo en el agua —le advirtió Kléber.

—No.

—Lo dejas en tu cama.

—Sí.

En cuanto su hermano se dio media vuelta, Simple envolvió con su pijama al señor Pimpinejo y salió disparado al cuarto de baño.

—Me estás asfixiando —protestó el señor Pimpinejo, intentando soltarse.

El señor Pimpinejo, sentado encima de la lavadora, contemplaba cómo se llenaba la bañera.

—¿Vas a poner espuma?

—Simple abrió un bote de gel azul y echó en el agua una buena cantidad.

—Más, más —gritaba el señor Pimpinejo, mientras saltaba de una pierna otra.

—Esto son tonterías y tonterías —le dijo Simple, en tono severo.

El señor Pimpinejo hizo como que no había oído nada.

—¿Montamos un *camping*?

Simple tenía lonas de tiendas de *camping*, esquidores y pingüinos. El conjunto formaba un *camping* de lo más convincente.

—He perdido un esquí —dijo Simple buscando por el suelo donde se le había caído la bolsa.

—¡Joder! —gritó el señor Pimpinejo.

—Huy, huy, una palabrota.

—¡Da igual!

Se echaron a reír. Luego los dos se zambulleron en la espuma, ahogaron a los esquidores, salvaron a los

pingüinos, remaron entre icebergs... Y, al cabo de una hora, el baño estaba frío, el suelo inundado y el señor Pimpinejo pesaba mucho debido al agua.

—Peso dos toneladas —dijo.

—Mierda —concluyó Simple.

Hubo que informar a Kléber del desastre.

—¡Qué leonera! Y has vuelto a empapar a tu conejo. Recógeme todo esto.

A Simple no hubo que decírselo dos veces. Todos los *playmobiles* desaparecieron rápido en la bolsa.

—He perdido un esquí.

—Tremendo —dijo Kléber.

Escurió como pudo el peluche, y después lo colgó de las orejas en la cuerda de tender.

—Al final, solo te va a quedar la piel del conejo.

Simple miró al señor Pimpinejo y luego se encogió de hombros. Las tonterías se pagan. Kléber observó detenidamente el peluche. Un día, acabará hecho un guñapo, pensó, y se le encogió el corazón.